

Cuerpo de Asalto Clon Retazos

Lainier Sind

Cuerpo de Asalto Clon - Retazos por Lainier Sind se encuentra bajo una Licencia
[Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0 Unported](#).

INTRODUCCIÓN DEL AUTOR

Esta obra recopila relatos cortos que he escrito después de Cuerpo de Asalto Clon Vs Cuerpo de Asalto Clon, la cuarta entrega de la serie, y deben ser leídos después de ésta a pesar de que varios relatos narran hechos que cronológicamente suceden antes. Esto de las precuelas mola, tú... En el futuro iré añadiendo más relatos.

Los siguientes personajes están basados en personas reales:

Lainier Sind, Berllerak, ElArtista, Night Stalker, SuNSeT, Nevuroy, Olmaly, Helio.

ÍNDICE

I. El nacimiento de un Artista.....	5
II. Night Stalker: Cazador cazado.....	10
III. Berllerak: Camarero, otra de lo mismo.....	12
IV. SuNSeT: Indulto total.....	15
V. Nevuroy no se dedica a eso.....	17

I EL NACIMIENTO DE UN ARTISTA

El muchacho, delgado pero fuerte, no tenía más de doce años, pero ya le sacaba un par de dedos a otros niños de su edad. Tenía su pelo castaño cortado casi al cero. Vestía con una camiseta blanca, pantalones de chándal azules y zapatillas de deporte negras. Estaba sentado en la primera fila de un banco en medio de una sala de reuniones con paredes sucias color gris oscuro. Un hombre de unos cuarenta años con pelo gris y vestido con ropas militares grisáceas se alzaba ante él.

—Ha llegado el momento —dijo el hombre con acento coronés—. Vamos a darte la misión para la que fuiste entrenado desde el día en que naciste.

—Eso es hacer planes a largo plazo —señaló el chico con acento de castellano ibérico.

—¡No interrumpas cuando hablo! Bien, escucha atentamente. ¿Sabes por qué eres blanco y te educamos con un acento foráneo?

—Labores de infiltración.

—Muy listo. El plan original era que viajases a Thuris con identificación falsa, pero ahora hemos decidido apuntar más alto.

—¿Debido a qué circunstancias?

—¡Dije que no interrumpieras! La razón es porque has superado todas nuestras expectativas. Por eso te toleramos esas salidas de tono tuyas... En vez de limitarte a convertirte en nuestro nuevo enlace en la Federación, lo que harás es fingir que has desertado de Corona y que pides asilo político. El objetivo es lograr que te integren con sus clones. Cuando veas la oportunidad, matarás a cuantos puedas, pero los detalles exactos se decidirán con el tiempo. Te coordinarás con nuestro viejo enlace en Thuris para toda la operación. Podría llevar mucho tiempo, pero no importa, porque sus clones de la serie 2 tienen tu misma edad y por tanto no representarán un peligro para nuestra nación hasta dentro de muchos años.

"Si son tan buenos como yo, no tantos años", pensó el joven.

—¿Alguna duda hasta el momento? —añadió el militar.

—¿Se da la paradoja de que después de tener como acento natal el ibérico, ahora voy a tener que fingir acento coronés? Porque si llego hablando como ellos, van a sospechar.

—Como dije, eres muy listo. Sí, ha sido paradójico. Tendrás que simular nuestro acento, pero no te preocupes, ellos no notarán la diferencia. Nosotros apenas la notamos. ¿Algo más?

—¿Y si me someten a interrogatorio químico?

—Los iberos son débiles y no te harán tal cosa. En cualquier caso aún no existen sueros de la verdad realmente efectivos en clones. ¿Más cosas?

—No, señor.

—Bien, partirás mañana. Te voy a dar los detalles exactos de lo que tienes que hacer para que se traguen el cuento. Revisalos antes de irte a dormir.

—¿Dónde lo han encontrado? —preguntó el joven profesor Helio mientras caminaba por un pasillo del Centro Clon de Cyborg Inc. en compañía de un agente uniformado.

—Unos pescadores recibieron un SOS marítimo a pocos kilómetros del estrecho. El chico estaba en una balsa.

—¿Qué ha dicho?

—Que es un clon de Corona y que quiere asilo.

—Y supongo que el Ministro de Interior solicita un análisis de ADN y demás.

—Pues sí. Pero tenga cuidado. Podría ser todo una trampa.

—Ya lo sé —tras andar durante cinco minutos, los dos hombres llegaron a una puerta blanca. Helio la abrió con su tarjeta de identidad—. Espere fuera.

—Pero...

—Será mejor que hable con él sin presencia intimidatoria.

—Podrían haberle enviado para romperle el cuello. Puede que sólo tenga doce años, pero esos bichos son capaces de...

—¿Bichos? Por eso no puedo dejarle pasar. Además, no creo que me rompa nada. No podría salir de aquí, y jamás he visto un agente coronense capaz de sacrificarse por una misión.

—Podrían haberle programado genéticamente para...

—¡Eso no se puede hacer!

—Si le pasa algo será un...

—¡¡Cierre la puerta de una puta vez, que hay corriente!! —exigió el muchacho desde el interior poniendo su mejor acento coronés.

—Hasta luego, agente —dijo Helio entrando a la habitación y cerrando la puerta.

El interior era una pequeña estancia médica. El chico vestía como antes de salir de Corona, pero más sucio. Estaba sentado sobre una camilla. Helio se acercó a él.

—¿Tienes nombre?

—Llámeme Legs Forshadow.

—Entonces ese no es tu nombre real..

—Aún no sé si puedo fiarme de vosotros.
 —¡Ja! ¡Se supone que eso tendría que decirlo yo!
 —¿No se fía de usted mismo?
 —¡Me refería a que no sé si fiarme de ti!
 —Pero si solo soy un chaval de 12 años... ¿cree que tengo cerebro para tramar algo?
 —Raíz cuadrada de 5.829.475.
 —Mmm... —el chico pensó durante cinco segundos—. 2.414,43.
 —Hay que joderse...
 —Sí, soy un clon. ¿No se lo dijeron?
 —Te extraeré sangre de todos modos.
 —¿No le vale la saliva?
 —Pues no... Las muestras de sangre son mejores. ¿Te dan miedo las agujas o qué?
 —Las cosas punzantes me recuerdan cosas desagradables en Corona. Por eso me fui.
 —Claro... —dijo Helio cogiendo una jeringuilla de un armario situado a su derecha.
 —¿No me cree?
 —Ya veremos —Helio extrajo la sangre del brazo derecho de Legs—. De momento vas a esperar aquí. El análisis estará listo en un rato. Después veremos qué hacemos contigo.
 —Yo sólo quiero vivir tranquilo.
 —Ningún clon quiere vivir tranquilo —afirmó Helio mientras se guardaba la muestra—. Primera mentira que te pillo.
 —Me he expresado mal. Quiero vivir a mi modo, no como me digan esos perros coronenses.
 —¿Y cómo pretendes vivir aquí? Cuando seas mayor de edad, quiero decir.
 —Eso depende de la confianza que depositen en mí.
 —Mmm... —Helio se retiró.

Pasaron un par de minutos. Legs contempló un reloj colgando de la pared a su derecha. Ya eran las diez de la noche. De repente, una rejilla sobre el techo se abrió. Una cabeza asomó, bocabajo. Era un niño de la misma edad que el Artista, con pelo oscuro y grandes ojos marrones.

—Disculpa que salga por aquí —dijo el chaval—, pero eres el único que no tiene pinta de trabajar para Cyborg Inc.
 —¿Y quién coño eres tú? —preguntó Legs.
 —Yo estoy dándome un paseo —afirmó el chico mientras saltaba al interior de la habitación. Iba vestido con ropa totalmente negra: camisa, pantalón de chándal y zapatillas deportivas, prácticamente igual que Legs.
 —¿Por los conductos de ventilación?
 —Si sabes adonde ir, puedes llegar a lugares interesantes, como los lavabos y vestuarios femeninos.
 —Tú no estás espiando chicas...
 —¿Cómo que no? —preguntó el chico mientras intentaba abrir la puerta, pero estaba cerrada—. ¡Estoy entrando en la pubertad! ¡Es la hora!
 —Amos anda... ¿Y si estabas buscando chicas porqué has bajado por aquí?
 —¿No te lo he dicho? —dijo el chaval sacando un móvil de su bolsillo y tecleando en la pantalla—. Porque no trabajas aquí.
 —Y eso está relacionado con espiar chicas en que...
 —En que... me han pillado y tengo que pirarme.
 —No, espera, eso no tiene sentido. Tú debes ser uno de los clones que vive aquí. Eso de fugarte solo por miedo a una reprimenda es absurdo: antes o después tendrías que volver y te echarían la bronca igual. A menos que quieras ser un fugitivo siempre, lo cual sería chungo. ¿No te habrás cargado a alguien?
 —No —respondió el chico guardando su móvil de nuevo—. ¿Y tú?
 —Aún no...
 —Una respuesta digna de un clon coronés.
 —¿Cómo sabes eso?
 —Por tu acento y porque aquí los únicos críos que estamos somos clones. ¿Los nuestros te han sacado del país o algo?

—He desertado.
 —¿Ah, sí? Ya veremos.
 —Aún no me has dicho porqué huyes.
 —No huyo. Me escabullo.
 —Dame detalles...
 —¿Detalles? ¡Podrías ser un espía!
 —¡A lo mejor debo empezar a gritar!
 —¡A lo mejor podría introducirte el móvil por el culo!
 —Mi ano es demasiado joven para que ya empiece a recibir semejante tratamiento. Dame un par de años...
 De repente la puerta se abrió un palmo. Otro chico de pelo moreno y más bajito que el que había aparecido por el conducto se asomó al interior. Vestía de forma similar, pero en color azul oscuro.
 —¿Quién cojones es ese? —preguntó el recién llegado echando un ojo a Legs.

—Soy su novio —respondió Legs señalando al primer joven—. Estamos en la edad de los picores, ya sabes...
—Un coronés de mierda... Mike, ¿qué has hecho?
—¡Me lo he encontrado aquí! —respondió el otro joven.
—¿Mike? —preguntó Legs—. Vaya nombre de mierda...
—¿Cómo te llamas tú?
—Legs.
—Pos anda que...
—Bueno, vámonos de aquí en silencio —dijo el recién llegado—. Conozco una ruta despejada.
—¿Quién eres tú, por cierto? —preguntó Legs mientras salían afuera.
—Peter.
—Vaya nombres... Tendremos que cambiarlos tos en un futuro no muy lejano o nadie nos respetará...
—¿Por qué coño hablas en plural? —preguntó Peter mientras se arrastraban por los pasillos—. ¿Y por qué coño nos sigues?

—Maburro.
—Eres raro...
—No más raro que unos clones que se escapan de su casa en plena noche.
—Todos somos raros, ha quedado claro —dijo Mike—, pero centrémonos en salir de aquí o nos trincarán.
—Espera, Mike... ¿entonces estás de acuerdo en que un coronés nos siga?
—¡Sí! ¡Es emocionante!
—Con esas ocurrencias tuyas jamás lograrás llegar a líder de la policía...

Peter comenzó a abrir puertas con una tarjeta. En poco tiempo estuvieron fuera del centro, un gran edificio de color marrón oscuro de cinco mil metros cuadrados y cinco plantas de altura, con un patio exterior considerable, rodeado por una verja de cinco metros de altura. El centro parecía estar en medio de un entorno rural: había árboles por todas partes y una carretera, pero no se veían más casas cerca.

—Ahora que estamos fuera —comenzó a decir Legs a Peter—. ¿Podrías decirme cómo coño has conseguido esa tarjeta?

—La fabriqué yo —respondió Peter.
—Qué mestás contando...
—No te pienso dar más detalles —el clon sacó dos plataformas voladoras de unos arbustos a cinco metros de la carretera—. Con esto llegaremos a la ciudad. Mike, te toca compartir espacio con el tipo este.
—¿Y si lo echamos a suertes? —preguntó Mike.
—Yo me he currado las tarjetas, así que tú irás con el coronés. Además, si lo han enviado para matarnos, tú caerás antes que yo y así quedará avisado. Soy genial.
—La verdad es que es brillante... —murmuró Legs.
Berllerak subió a su plataforma y Mike y Legs a la otra.
—¿Puedo agarrarme a tu cintura durante el viaje, corasón? —preguntó Legs a Mike.
—¿Quieres que te empuje contra un árbol? —preguntó el acompañante mientras iniciaban el trayecto.
—¡No seas rudo conmigo! ¡Soy un pobre refugiado!

Tras media hora de viaje, los clones estacionaron las plataformas en un aparcamiento subterráneo y continuaron a pie por unas estrechas y viejas calles.

—¿No es hora de que me digáis a donde vamos? —preguntó Legs.
—No —respondió Peter—. No me fío de ti. Lo sabrás cuando lleguemos.
—¿Y tú te fías de mí? —preguntó Legs a Mike.
—Tampoco, pero eso hace todo este asunto más emocionante —afirmó Mike.
—Santo cielo, estás tan loco como yo.
—Aún es pronto para sacar conclusiones. La noche es joven.
Al cabo de diez minutos, los clones llegaron hasta una puerta negra en un callejón.
—Este es el tema —explicó Peter—. Nos hemos escapado para asistir a un concierto de heavy metal sinfónico. La entrada está prohibida a menores de 16 años, pero puedo abrir esta puerta trasera y colarnos vilmente. Una vez entre la multitud, nadie se coscará de que somos pequeños.

—Pequeño lo serás tú... —observó Legs.
—A callar, perra —Peter propinó un puñetazo en el hombro izquierdo de Legs.
—Ouch... —murmuró el coronés mientras de palpaba el hombro dolorido.
Peter sacó otra tarjeta de su bolsillo, pero vieron unas sombras que se acercaban desde el fondo del callejón.
—Espera —dijo Mike llamando la atención de su compañero.
Tres chicos de unos dieciséis años de edad se acercaron a los clones. Por sus viejas ropas no parecían querer asistir al concierto.

—Yonquis de mierda —murmuró Peter—. No entiendo porqué la gente quiere envenenar su cuerpo. Yo nunca probaré las drogas.

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? —preguntó el drogata del centro—. ¿Os habéis perdido?
—¿Tienes algún problema?
—Eh, calma, enano...

—Enano... —Peter comenzó a ponerse rojo.

—Se va a liar... —murmuró Legs al oído de Mike.

—¿Te preocupa? —preguntó Mike.

—Solo quiero saber si estáis a la altura.

—Claro que sí.

—¡Pues a Peter no le veo demasiada altura!

—¿Qué tal si nos prestáis un poco de dinero para un taxi, chicos? —preguntó otro de los yonquis.

—¿Crees que vas a sacar mucho de nosotros? —preguntó Peter—. ¿O es que no tienes cojones para meterte con alguien mayor?

—¡Te voy a...! —el yonqui se abalanzó sobre el jovenzuelo, pero éste se agachó y hundió el puño en el estómago del enemigo. Pronto comenzó la pelea. Legs dio un paso al frente, pero Mike le detuvo:

—Déjale —dijo.

—¿Va a hacerlo sólo? —preguntó Legs.

—No le gustará que un desconocido se interponga.

—¿Y tú no eres su amigo? ¿Qué haces parado entonces?

—A mí es que me gusta mirar... —dijo Mike con una sonrisa.

—Oh, vamos... —murmuró Legs con voz sensual.

Peter había logrado tumbar al primer yonqui, pero tenía problemas con los otros dos. Uno de los drogatas le había sujetado por la espalda y el otro estaba metiendo la mano en el bolsillo de su chaqueta.

—¡Ayuda! —requirió Peter.

—Ahora sí —dijo Lainier mientras daba una palmadita en la espalda de Legs, quien se abalanzó sobre el drogata, el cual estaba sacando una navaja.

El golpe de Legs en las costillas del enemigo fue tremendo. El yonqui cayó al suelo. Peter estampó al otro contra la pared, pero aún no había soltado su presa.

—¡Dale duro! —dijo Peter a Legs.

—De acuerdo... —el coronés recogió la navaja del yonqui al que acababa de neutralizar y la clavó en su pie derecho.

—¡¡Aaaarg!! —gritó el yonqui, soltando a Peter. El clon se dio la vuelta y propinó un rodillazo en la cara del drogata, quien quedó tumbado en el suelo.

De repente vieron las luces de un coche patrulla que se había parado al otro lado del callejón, por donde habían entrado. Legs lanzó la navaja a Lainier, quien la atrapó al vuelo.

—¡Quietos! —ordenó un policía uniformado que los apuntaba con su arma a diez metros.

—¡Ha sido el loco ese, agente! —exclamó Legs mientras señalaba con un gesto de su cabeza a Mike, que sostenía la navaja en su mano derecha.

—El arma tiene las huellas de ambos, imbécil... —murmuró Mike.

—Ya, pero mejor que te la encuentren a ti... —afirmó Legs guiñando un ojo.

La puerta del calabozo donde estaban los tres clones se abrió. Helio había ido a recogerlos a comisaría.

—¿¿Pero es que estáis locos?? —aulló.

—Mmm... ¡Este puto clon está más loco que la hostia, señor! —afirmó Legs señalando con el dedo a Mike, sentado a su derecha. Peter estaba a la izquierda—. ¡Todo ha sido culpa suya! ¡Me arrastró fuera del edificio!

—¡¡Calla!! ¡El yonqui te ha identificado como el autor del apuñalamiento!

—Cagon la puta... Si es que tendría que haberlo matado...

—Con todos los respetos, Helio... —comenzó a decir Peter—. Ellos empezaron. Defensa propia.

—¡Lo de los yonquis me importa una mierda, joder! —exclamó el profesor—. ¡Lo que me jode es que os habéis escapado!

—La culpa es suya. No habernos entrenado tan bien.

—¡A casa, cojones!

—¿La casa de estos también es mi casa? —preguntó Legs mientras se levantaban.

—Hemos confirmado que eres un clon, pero eso solo quiere decir que tenemos motivos para desconfiar de ti.

—¡Pero he salvado a estas nenazas!

—Técnicamente a mí no me ha salvado —señaló Lainier—. Yo estaba tan ricamente allí...

—Porque yo actué, mamón... De lo contrario ya veríamos...

—Basta —dijo Helio—. Legs, tú de momento te quedas en el centro, pero en un módulo separado de los demás.

—¿Hasta cuando?

—Hasta que nos dato sobre Corona. Probaremos que vas en serio.

—Maaadre mía que cansinamiento...

Dos años más tarde, Legs visitó al enlace coronés en Thuris. El tipo tenía unos cuarenta años y vestía de forma informal, al igual que Legs, que llevaba chaqueta y pantalones vaqueros, de color negro y azul marino respectivamente. El apartamento del enlace estaba cerca del centro y no era gran cosa, para no llamar la atención. Los dos coronenses estaban en una pequeña habitación donde solo había un ordenador.

—¿Qué me traes? —preguntó el enlace.

—Ya estoy mezclado con los demás —explicó Legs—. Pero aún no confían en mí, ni lo harán mientras los datos

que les proporcione sobre Corona sean menores.

—¿Qué buscan?

—Datos sobre el resto de mis compañeros clones en Corona.

—No podemos sacrificar nuestros clones para destruir a los suyos. Estaríamos empatados. Además, si les dices más datos al cabo de dos años, se preguntarían porqué has tardado tanto.

—Bueno, tengo excusas muy imaginativas.

—¿Entonces tienes alguna sugerencia de cómo proceder?

—A decir verdad, he trazado un plan genial. Con los datos que tengo creo que será suficiente para eliminar al menos a los clones más peligrosos. Tengo todo descrito en esta tarjeta de memoria —Legs sacó la tarjeta de su bolsillo—. Échale un ojo a ver si me das el visto bueno.

—El visto bueno lo tiene que dar Strauss, yo sólo superviso —dijo el enlace cogiendo la tarjeta—. Veamos qué tienes aquí.

El enlace se sentó frente al ordenador e introdujo la tarjeta en él.

—Ese archivo de ahí es un mapa del centro clon —explicó Legs señalando con el dedo—. Está incompleto, pero puedo liarla gorda por los conductos de ventilación.

—A ver... —el enlace abrió el archivo y comenzó a examinar el mapa.

Legs reculó, poniéndose detrás del enlace. Sacó un vibrocuchillo de su chaqueta y lo activó. Con toda la fuerza que le fue posible, asestó un golpe contra la parte trasera del cuello del enlace. La hoja entró sin dificultad.

—He decidido que esta gente es más divertida que vosotros —dijo Legs con una sonrisa mientras retiraba la hoja del cadáver.

"Primera muerte", pensó mientras limpiaba la hoja en el lavabo.

El clon podría haber entregado el enlace a las autoridades, pero era el único coronés que conocía su aspecto actual: Legs se había asegurado de que el finado jamás le hubiera sacado fotos suyas. Ahora que estaba muerto, no había riesgo de que informase a sus superiores. En realidad no es que las pintas del clon hubiesen variado mucho en solo dos años, pero en opinión de Legs, más prevenía prevenir que curar. Además, a él lo habrían entrenado para matar, y un mensaje expeditivo serviría de advertencia a los coronenses. En cuanto a la supuesta utilidad de haber entregado al enlace vivo, era irrelevante: el clon tenía datos sobre sus antiguos compañeros coronenses, y era hora de usarlos por fin.

Era de noche cuando Legs salió a la calle portando el cadáver envuelto en una alfombra. No tenía coche donde llevarlo: con su edad, haberse atrevido a conducir era una invitación a ser detenido. Pero tenía un plan: acababan de plantar las Fallas de Valencia y había una enorme cerca. Legs caminó durante cinco minutos con la carga a hombros con total desparpajo hasta llegar al efímero monumento. Cuando se aseguró de que no había nadie cerca, abrió una portezuela en la base de la figura de mayor tamaño, que se elevaba seis metros por encima del suelo. El coronés escondió el paquete en el interior y dio por zanjado el asunto.

—El fuego lo purifica tó —dijo—. Si es que estoy hecho un artista —Legs se detuvo unos instantes a meditar—. Mmm... Artista, falla... artista fallero...

—¿¿En serio tenías orden de matarnos?? —exclamó Lainier.

La tripulación del Lentz estaba en la sala de reuniones sentados alrededor de una gran mesa redonda, y acababan de escuchar el apasionante relato de los orígenes de ElArtista de su propia boca.

—A mí me preocupa más lo de ElArtista Fallero... —murmuró Berllerak haciendo gestos con el dedo índice—. ¿En serio te pusiste ElArtista por lo de los artistas falleros?

—Sí... —afirmó ElArtista mientras asentía lentamente con la cabeza, sonriendo.

—Nonono... espera... —insistió Lainier—. ¿¿Matarnos??

—¡Pensaba que ya lo sospechabais!

—¡¡Pero has esperado hasta ahora para decírnoslo!!

—¡¡Me aburro en estos putos viajes por el Xenoespacio!!

—A ver si me queda una cosa clara, Artista Fallero... —dijo Berllerak juntando ambas manos—. ¿Por qué cojones te deshiciste del cuerpo de tu enlace en vez de decirnos que lo habías matado?

—No conocía vuestra tolerancia a los asesinatos a sangre fría, y uno siempre puede confesar el crimen más adelante, como acabo de hacer.

—Olmalyyyy —dijo Berllerak con voz llorosa—. ¿Cómo soportas a este hombre?

—Ya ves... —respondió Olmaly con una mueca.

—¡Si no hubiera hecho lo que hice a lo mejor ahora no estaría con vosotros! —señaló ElArtista.

—Maldito seas por eso.... —murmuró Berllerak.

II

NIGHT STALKER: CAZADOR CAZADO

—¡Quiero a ese cabrón muerto! —exclamó Andrés Tapei, dando un puñetazo sobre la enorme mesa de metal negro—. ¡Llevo días sin salir de esa puta casa por su culpa!

Andrés Tapei era uno de los jefes mafiosos de Thuris. Tenía sesenta años. Estaba gordo y su cabello era totalmente blanco. Vestía con traje azul oscuro y regía sus operaciones desde el enorme salón de su mansión en las afueras de Valencia.

—Por fin he acabado de trazar el plan —dijo el sicario frente a él, un tipo de unos cuarenta años, con el pelo negro engominado hacia atrás, entradas en la frente, y vestido con un taje negro—. Nos ha costado meses, pero funcionará.

—¡Más vale que funcione!

—Los mejores técnicos han analizado los múltiples datos que hemos recogido de Stalker. Estará muerto para mañana por la mañana.

—Bien, retírate.

Stalker aparcó el coche al lado de la obra en construcción. Estaban comenzando a levantar varios pisos en las afueras. El cazarrecompensas tenía la sospecha de que allí se realizaban grandes entregas de droga. El cyborg había acudido a colocar microcámaras por todas partes, lo cual le llevaría algún tiempo. Mientras tanto, el sicario le espiaba desde una caseta cercana con unos prismáticos. Cuando Stalker se alejó lo suficiente, el criminal corrió hasta su coche. Con ayuda de una ganzúa diseñada específicamente, logró abrir el maletero en menos de cinco minutos.

—Bingo —dijo.

El sicario sabía que Stalker notaría un cambio de peso en el vehículo, de modo que colocar una bomba o esconderse dentro no eran opciones válidas. Lo que hizo fue colocar un localizador. Si lo hubiera puesto fuera, Stalker podría haberse dado cuenta. Pero su escáner no funcionaría dentro del maletero, que era blindado y a prueba de señales, y al cazarrecompensas no se le ocurriría abrirlo para mirar. La señal del localizador permanecería imperceptible hasta que Stalker abriese su maletero en casa, lo cual sin duda haría, pues llevaba su cuerpo civil en el maletero. Siempre que era posible cargarlo en el coche, el cyborg lo hacía, por si acaso lo necesitaba. En cuanto el maletero se abiera, la señal de largo alcance sería detectada por alguno de los múltiples agentes que Tapei tenía por Valencia.

Tras acabar la faena, el sicario se alejó de allí. Al cabo de veinte minutos, Stalker regresó al vehículo y le pasó un escaneo rápido con su PDA: no se detectaban emisiones electromagnéticas ni cambios estructurales, y el coche pesaba lo mismo: los sensores no estaban ajustados para medir la ínfima diferencia que suponía un localizador.

El cyborg regresó a su hotel, aparcó el coche en el garaje, abrió el maletero y sacó su cuerpo con cuidado, envuelto en plástico sujeto con una red metálica.

Al cabo de media hora, el sicario ya caminaba por los pasillos del hotel. Había sobornado a un botones para que le indicase dónde estaba la habitación de Stalker. El criminal sacó un cuchillo de su chaqueta y lentamente cortó la cerradura. Silenciosamente, abrió la puerta unos milímetros e introdujo una microcámara. No vio nada. Pasó al interior mientras sacaba una pistola. Avanzó lentamente y escuchó el salón: no había nadie. Escuchó ruido mecánico más adelante. Con sumo cuidado se acercó y volvió a espiar con la microcámara a través de una puerta abierta.

Al otro lado, una gran máquina automatizada estaba desconectando la cabeza de Stalker de su cuerpo mecánico. El asesino esperó hasta que la testa estuvo completamente separada. Ahora el cazarrecompensas estaba indefenso. El sicario se asomó al interior y apretó varias veces: la cabeza de Stalker quedó destrozada: sangre y sesos se esparcieron por la estancia.

—Jeje... —rió el asesino mientras tomaba imágenes con su móvil para enviárselas a su jefe.

Andrés Tapei estaba sentado en la parte de atrás de su limusina. Un chófer, otro de sus matones, conducía. Se dirigía a una fiesta nocturna.

—Sí, por fin he podido salir —dijo por su móvil—. ¡Sí, lo he matado! ¡Ahora todos los demás tendrán que respetarme! Sí, sí... Llegaré allí enseguida.

El coche se detuvo ante un semáforo. De pronto algo atravesó el techo... y la cabeza del conductor.

—¿¿Pero qué coño?? —exclamó el mafioso.

El techo sobre él se abrió como si fuese una lata de sardinas. El hombre alzó la mirada mientras sacaba su arma. Disparó varias veces, hasta que algo le produjo un corte en su mano y partió en dos su arma.

—¡¡Aaaaag! —gritó Tapei. De repente algo cayó sobre su regazo: la cabeza cercenada de su sicario, con las cuencas de los ojos vacías—. ¡¡AAAAAAAH!! —ahora el mafioso sí gritaba de verdad.

—La cabeza que reventó tu hombrecito no era de verdad —dijo Stalker desde arriba—. Esa sí.

—¡¡Espera, espera!! ¡¡Puedo...!!

De repente el teléfono de Stalker sonó.

—Discúlpame un segundo... —dijo mientras contestaba la llamada.

Tapei se echó hacia delante, intentando llegar hasta la pistola que colgaba del hombro izquierdo del cadáver del chófer. Stalker agarró de los pelos al mafioso y lo levantó, golpeándole la frente contra el techo, haciéndole sangrar.

—¿Nos piramos ya al Xenoespacio? —preguntó Stalker por el móvil—. Puede que llegue algo tarde por la resaca. Es que ahora mismo me dirijo a una fiesta. No, no os gustaría... Bueno, al Artista sí... Emm, te dejo que estoy usando las manos para hablar por teléfono mientras estoy en el coche y me podrían multar. Ale, adiós... —Stalker guardó el aparato

y miró al aterrorizado Taipei—. ¿Por dónde íbamos? Ah, sí... Tiene derecho a permanecer gritando...

III BERLLERAK: CAMARERO, OTRA DE LO MISMO

El grupo había logrado llegar con su tanqueta hasta la entrada del refugio, pero el vehículo ya no daría más de sí. Todo el paraje estaba cubierto de nieve, que además caía sobre ellos sin cesar, y pronto sería peor. A menos que les dejaran pasar la noche dentro, había peligro de palmar. Los trajes de invierno que llevaban podrían ser insuficientes incluso dentro de la tanqueta. Incluso Night Stalker tendría problemas, pues llevaba el cuerpo civil.

El refugio era una construcción de roca negra de cincuenta alturas, grande como una montaña, aunque cada planta era más estrecha que la anterior, pues el poder adquisitivo de los huéspedes aumentaba con cada planta, y por tanto cada vez eran menores. La última planta era solo para una persona.

Olmary llamó con los nudillos a la gran puerta de madera que servía de entrada.

—¿No debería estar el Lai llamando, Olmary? —preguntó ElArtista—. Por si nos atacan o algo.

—Sabemos que esta zona no es hostil —respondió Olmary.

—A lo mejor nos han tenido engañados todo este tiempo... —murmuró ElArtista—. Dios que frío... Pa qué cojones tuvimos que parar aquí...

—Porque Berllerak escogió este lugar.

—Ah sí... ¡Pos que se encargue él, coño!

—Está bien, cojones —dijo Berllerak acercándose a la puerta. Olmary le cedió el puesto, pero antes de que el clon volviese a llamar, la puerta se abrió. Uno de los nativos del planeta apareció al otro lado. La especie dominante local tenía forma vagamente humanoide: cabeza, dos brazos, dos piernas... Pero parecían evolucionados a partir de puerco espines o erizos: la piel era casi negra y peluda, con espinas que surgían de la espalda. Además el rostro era feo para los estándares humanos. La estatura media era de dos metros. El que les había abierto la puerta solo vestía con pantalones y botas protectores.

—Clientes —dijo Berllerak en el idioma local. Lo había estado estudiando durante el viaje por el hiperespacio y también tenía un pinganillo en la oreja derecha conectado a su móvil, que ejecutaba software de traducción que Nevuroy y él habían programado.

El erizo se hizo a un lado y los dejó pasar. El interior casi parecía una taberna medieval, con bancos y mesas de madera. Dentro habían diez nativos más, todos tomando licor local. Todos los presentes vestían como el primer erizo. La calefacción interior y el pelaje eran suficientes para no pasar frío.

Berllerak se acercó a la barra y se dirigió al barman, que parecía el único encargado allí.

—Habitaciones —solicitó el clon.

—Solo nos quedan habitaciones en la planta cuarenta —respondió el encargado con voz gutural. Los demás decidieron ponerse también un pinganillo para enterarse del tema.

—¿Para cuantas personas son?

—Las tenemos desde una persona hasta cinco.

—Entonces nos interesan dos. Para una noche.

—Pago por adelantado.

—¿Cuanto es?

—Diez mil.

—¿¿Diez mil??

—Cinco mil por cada habitación.

—¡Eso es carísimo!

—Pueden dormir apretados en una sola habitación, mientras no me lo pongan todo perdido.

Berllerak contó los billetes en su cartera.

—Sólo tenemos tres mil...

—Pues no hay habitación.

—¿Nadie va a irse enseguida de las habitaciones más baratas?

—¿Con la que está cayendo fuera? No.

—¡Pues precisamente por eso no podemos quedarnos a la intemperie! ¡Nuestro vehículo se ha averiado!

—Si es que le das al acelerador sin mesura... —murmuró ElArtista.

—¡Calla, cabrón! —gritó Berllerak echando una mirada furtiva a su compañero.

—Tenemos un técnico que podría echarle un ojo —informó el encargado—. Cobra mil por hora.

—¡Pero si no podemos pagar ni por la habitación!

—¿No llevan algo encima de valor? Podríamos hacer un trueque.

—¡Oiga, le pagaremos más tarde!

—Dije que por adelantado. Además, nada me asegura que vuelvan. Ustedes no son del Xenoespacio.

—¡Si nos quedamos fuera, moriremos!

—Como dije, piensen si tienen algo de valor.

—¿Crees que nos dejarían morir? —preguntó ElArtista a Lainier.

—Creo que el tipo ese es algo racista —respondió Lainier—. Puede ser capaz.

Berllerak volvió con sus compañeros.

—¿Podemos darles algo? —preguntó.

—¿Aceptarian a Lainier como sacrificio humano? —dijo ElArtista.

—Todo lo que llevamos encima es equipo técnico y lo necesitamos —afirmó Lainier—. Pero me temo que no hay...
—¡Invoco la Sagrada Tradición del Comercio y el Bebercio! —exclamó Berllerak mientras ponía su pie izquierdo sobre un banco y señalaba con el dedo índice al encargado.
—¿De qué cojones habla este? —preguntó ElArtista.
—Amos a morir —murmuró Night Stalker.
—Lo leí en una guía turística... —explicó Berllerak—. Aquí suelen dirimir disputas con competiciones de beber alcohol.
—¿Entonces dijiste de explorar esa zona por esa mierda? —preguntó Lainier—. ¿Sabes que por tu culpa a lo mejor palmamos aquí?
—No vislumbra, Lai. Si gano no sólo tendrán que darnos alojamiento gratis, sino que tendrán que contarnos todo lo que sepan sobre los piratas esos que buscamos.
—¿Y si pierdes?
—¡No voy a perder! ¡He estudiado la fisiología eriza! ¡Soy más resistente que ellos!
—¿Seguro?
—¡No! ¡Pero en el peor de los casos tendré que pagar todas las bebidas!
—Y entregarles todas nuestras posesiones.
—¡No seas materialista, Lai! ¡Vaya rojo de palo!
—...
—¡Venga, coño! —gritó Berllerak al encargado—. ¡La tradición no excluye a alienígenas! ¡Que se note que sois hombres de honor!
—Yo mismo participaré —dijo el encargado acercándose a la mesa cerca de Berllerak.

Cada uno de los bebedores se sentó a un lado de la mesa. Cada uno tenía un pequeño vaso de cristal enfrente, y alrededor de ellos reposaban diez botellas de un líquido transparente. Era similar al vodka. Los terráneos se situaron detrás de Berllerak, mientras que los erizos hicieron lo propio detrás del encargado.

Ambos llenaron el recipiente, choraron las copas y lo engulleron de un trago.

—Mierrrrda for me... —murmuró Berllerak—. Esto tiene más graduación de lo que esperaba... Debe ser una variedad local...

—¿Ya te arrepientes? —sonrió el encargado.

—¡Acabamos de empezar, sigamos! —exigió Berllerak mientras cogía de nuevo la copa.

Los contendientes continuaron el proceso hasta un total de veinte vasos.

—¿Cómo vas? —preguntó Lainier al oído de Berllerak.

—Mal —respondió Berllerak en voz baja mientras se tambaleaba levemente—. Está mas entero que yo.

—Nos la pagarás con esto.

—Tengo droga...

—¿Crees que aceptarán la droga como pago?

—No, coño. Necesito una distracción para echar una pastillita en su vaso...

—¿Seguro que no se notará? Esa bebida es transparente.

—¡Menos cháchara y a beber! —exigió el encargado.

—No se notará —murmuró Berllerak—. Pero haz algo deprisa, que no aguanto más de cinco tragos más.

Los contendientes se sirvieron otra copa mientras sus compañeros cuchicheaban. Los dos hombres bebieron.

—¿Dónde está el servicio, por favor? —preguntó ElArtista.

—Aquella puerta —dijo el encargado señalando detrás de ellos.

—Mu amable.

ElArtista se encerró en el baño. Los contendientes prosiguieron con el bebercio. Ya llevaban veintidos tragos.

—Que potó, madre... —murmuró Berllerak mientras se servían otra copa. En ese momento Lainier pulsó un botón en su móvil.

De repente se escuchó una explosión desde el baño. Los erizos se dieron la vuelta. Rápidamente Berllerak se hizo hacia delante y dejó caer una pastilla en la bebida del oponente.

—¿¿Qué coño...?? —aulló el encargado.

ElArtista salió del baño.

—Un problema técnico con el secamanos —explicó el clon—. Se lo pagaré. Pero eso no vale más de quinientos y lo sabe...

—Me cago en la leche... ¡Págume ya porque esto no lo cubre la apuesta de bebercio!

—Yo solo llevo cien encima... Que pague el borracho...

Berllerak sacó un fajo de billetes y pagó al encargado.

—¿Seguimos o se retira? —preguntó el clon con voz embriagada.

—¡Seguimos! —exclamó el erizo.

Se tomaron otro trago. Berllerak no podría aguantar dos más, pero el efecto de la pastilla comenzó a hacer efecto: el erizo se llevó la mano al estómago.

—Mierda... —murmuró.

Se sirvieron otra copa. Berllerak estaba a punto de caer, pero el erizo vomitó antes. Por desgracia lo hizo sobre el clon.

—También me tendrá que pagar la ropa —dijo Berllerak—. Y ahora, si es tan amable de conducirnos a nuestras habitaciones...

IV SUNSET: INDULTO TOTAL

—Lo siento, esa habitación no está disponible —dijo la recepcionista del hotel desde el otro lado del mostrador. Era una mujer de unos treinta años, con el cabello castaño recogido.

—¡Pero Lainier es enemigo mío! —exclamó SuNSeT. El revolucionario iba vestido completamente de negro y portaba una gran mochila en la espalda.

—¿No querrá decir amigo?

SuNSeT quedó pensativo unos instantes mientras miraba hacia un lado.

—No, enemigo —dijo al fin.

—Em... El señor Sind no nos ha dicho que vendría.

—¡Se le habrá olvidado!

—¡No puedo dejarle entrar en una habitación que es de otro cliente sin su permiso!

—¡Le doy mi permiso!

—¡Me refería al permiso del cliente!

—¡Semántica!

—¿Está usted borracho?

—No todavía —SuNSeT le mostró a la recepcionista un documento digital en su móvil—. ¡Mire, tengo un indulto! ¡Debe dejarme entrar!

—¿Se puede saber qué tiene que ver un indulto con poder ocupar la habitación de un cliente?

—¡Significa que el gobierno me tiene en estima!

—¡Lo que significa es que usted fue un criminal!

—¡Más o menos! Más más que menos, ciertamente, pero... ¡por los servicios prestados me indultaron! ¡Y gracias a Lainier! ¡Por eso seguro que me dejaría quedarme aquí!

—¿Y a mí que me cuenta?

—Ni siquiera me reconoce, ¿verdad? Eso me duele...

—No, no le reconozco.

—¡Pues que sepa que es una injusticia social que un tipo esté pagando para que le reserven una habitación durante vete a saber cuánto tiempo, mientras hay gente que se muere de frío en la calle!

—Aunque el señor Sind no hubiese pagado por la reserva, dudo que alguien que se muere de frío en la calle tuviese dinero para pagar la habitación.

—Ah, el despiadado capitalismo... ¡Pero el señor Sind podría haberle pagado la habitación a un pobre!

—Todo el mundo sabe que el señor Sind da dinero a numerosas ONG.

—¿Ah, sí?

—Sí, señor.

—¡Pero sigue teniendo reservada una habitación que no usa!

—En realidad dio orden de que si tardaba más de un mes en regresar, moviéramos sus cosas a un almacén de la policía y cancelásemos la reserva.

—¡No puedo esperar un mes! ¡Necesito entrar ya!

—¿Por qué demonios no escoge otra habitación? O se pira a un motel, que le saldrá barato... ¿No tiene dinero para eso? Si tanta estima le tienen, pida la pasta a sus amigos.

—Sí que tengo dinero.

—¿Entonces?

—Verá... la idea es entrar ahí para sabotear las posesiones del señor Sind y gastarles una broma pesada. ¿Entiende?

—Voy a llamar a seguridad.

—¡Ahora me dirá que nunca ha gastado bromas a nadie! ¡Sosa!

—¡¡Seguridad!!

—¡¡Está bien, está bien!! ¡¡Me voy!! —SuNSeT caminó hasta la salida, y antes de desaparecer, se giró para soltar una de las suyas—. ¡Que sepa que tengo fotos del director retozando con caniches, y las haré públicas!

Y dicho esto, el revolucionario se piró del lugar.

—¡No puedo obligar al hotel a que te deje entrar en la habitación de Lainier! —exclamó VanderHall, sentado en su despacho.

—¿Cómo que no? —preguntó SuNSeT, de pie ante el clon—. ¡Usted es un jefazo de las fuerzas del orden! ¡Recurra a su habitual autoridad fascista!

—Así que esto es lo que siente Lai cuando está contigo...

—Entre otras cosas... —dijo SuNSeT sonriendo y tocándose la entrepierna.

—Largo de aquí...

—¡Pues dígame ande hay un piso de alquiler barato!

—Te puedo alquilar el piso de mi hermano. 200 euros al mes, por swr tú. Tres habitaciones.

—Acepto.

—Vuelve mañana y te hago el contrato.

—Si Lainier tarda más de un mes en regresar y hay que mover sus cosas... ¿Podría llevarlas a mi piso en vez de a un

almacén?

—¡No!

—Si no lo hace cometeré algún delito para tener habitación gratis en prisión y me aseguraré de que todos los medios se enteren de la clase de gente que indulta el gobierno y que se junta con los clones!

—¡Será una broma!

—¡No! ¡La broma será cuando vuelva Lai!

—Si haces que te encierren me encargará de que te manden a un agujero infecto...

—¡Eeesa es la autoridad fascista a la que me refería! —afirmó SuNSeT mientras señalaba al comisario con el dedo.

—Fuera de aquí...

—¡Está bien, pesao! —SuNSeT salió por la puerta, pero al cabo de dos segundos introdujo de nuevo la cabeza—. Oiga, ¿el piso de su hermano tiene jacuzzi?

SuNSeT se escabulló antes de que la bola negra de billar que VanderHall usaba de pisapapeles impactara contra su testa.

V
NEVUROY NO SE DEDICA A ESO

Nevuroy estaba tomando un refresco en un céntrico bar en compañía de uno de sus clientes. Le molestaba pagar a la competencia, pero menos le gustaba realizar negocios en su propio bar.

El informático iba vestido con camiseta y pantalones azules, y zapatos negros. Su acompañante tenía unos treinta años, vestido con traje negro, con pelo rubio peinado hacia atrás.

—Al turrón —murmuró Nevuroy mientras cogía una maleta que tenía a su lado. La abrió y mostró veinte teléfonos móviles de gama alta, encendidos—. Como ve, funcionan.

—Me gustaría probar uno de todos modos —solicitó el cliente.

—Adelante.

El hombre cogió uno de los aparatos y lo examinó durante un par de minutos.

—Excelente —el hombre apagó el móvil y lo dejó en la maleta.

—Ahora su turno.

—Verá... He pensado en no pagar.

—Piense lo que quiera pero pague.

—No tengo porqué. He descubierto su escondrijo. Me llevaré esos móviles, o su bar arderá con sus empleados dentro.

—Maldita sea... Seguro que alguien me siguió la otra noche que volví borracho... ¿A que sí?

—Un mal descuido por su parte.

—¿Existen buenos descuidos?

—Deme los teléfonos.

—Sólo para que no haya malentendidos: ¿dónde se supone que tengo mi bar?

—Barrio de Mislata, Calle del General Veird, 33.

—Coja los putos móviles —dijo Nevuroy colocando el maletín sobre la mesa.

—Voy a apagarlos todos, si no le importa. Para que no me rastree...

El hombre comenzó a desconectar los aparatos. Cuando iba por el quinto, Nevuroy habló:

—Zasca.

De repente, el hombre sintió una punzada en su mano.

—¡Coño! —exclamó soltando el aparato. Se examinó la mano: tenía una mancha de sangre en el dedo índice—.

¿¿Qué cojones es esto??

—Yo también me informo de con quién trato. Le acabo de envenenar.

—¿Qué? ¡Deme el antídoto!

—¿Antídoto?

—¡Te voy a quemar el bar!

—Muerto será difícil.

—¡Dame el antídoto o te mato aquí mismo! —el hombre estaba empezando a sudar.

—Si muero no hay antídoto.

—¡¡Pues si voy a morir de todos modos, tú vendrás conmigo!!

El hombre intentó sacar una pistola de su chaqueta, pero de repente recibió un impacto de láser en el cuello y otro en la cabeza. El tipo se desplomó mientras la gente huía despavorida. ElArtista, que estaba en la barra, se acercó a Nevuroy mientras enfundaba su arma.

—¿Por qué te ha intentado matar? —preguntó el clon.

—Pensaba que le había envenenado —respondió Nevuroy.

—Idea que sin duda sacó de ti. No hay ningún veneno, ¿verdad?

—Claro que no.

—Por eso me has hecho venir. Querías que lo matara para evitar que le contase a alguien más dónde vivías. Y Lainier no te servía porque sabías que te despellejaría.

—Has cumplido con tu deber.

—Hablando de cumplir con el deber... —dijo ElArtista mientras cerraba la maleta—. Confisco estos cacharros como prueba...

—¡Pero...!

—¿Quieres que te cierre el local? —preguntó el policía mientras cargaba con la mercancía.

—Tengo un *déjà vu*...